

Ceñida con el lauro de la gloria,  
Y que haya un insolente  
Que una hoja arranque á la corona bella  
Para adornarse de ella,  
Sin que la gloria desde lo alto clame,  
Ese es mi esposo, ése mi lauro, ¡infame!

Así vosotras, en beldad nacidas,  
De amor, de gracia y de atractivos llenas,  
Para consuelo al hombre concedidas  
En sus amargas penas,  
Pues vuestra posesion fué la ventura  
De la pasión más pura,  
¿Cómo podeis rendirla por despojos  
De tan impuros pérfidos arrojados?

¿Cómo hablará de amor quien no lo sienta!  
¿Cómo os adorará quien no os estima!  
¿Cuál suspiro será, cuál ansia ardiente  
Que su pasión exprima,  
Que ya no haya agotado en competencia  
La amorosa elocuencia  
Del tierno esposo que teneis al lado,  
A confianza hermosa abandonado!

Él á su esposa abandonó su suerte;  
Su honor ciñó con tan amantes lazos,  
Mirando sólo el brazo de la muerte  
Por rival de sus brazos;  
Tal vez el llanto de sus ojos brilla  
Aun en vuestra mejilla;  
Tal vez el *tuya soy* de vuestra boca  
Aun por la selva el eco lo revoca.

¡Inútil voz! cuando la inicu lengua  
El adulterio os pintará inocente,  
Porque ignorado del honor no es mengua.  
¡Oh ilusos! ¡y el torrente  
De amorosa ternura, el exclusivo  
Rayo de afecto vivo  
Correrá hácia otro pecho extraviado  
Sin que lo sienta el corazón burlado?

¡Un amante ignorar cuando le extrañan  
Del alma que ántes solo poseía!  
¡Así los ojos del amor se engañan?  
Descubrir la alegría  
Sobre el culpado rostro de la esposa,  
Turba, artificiosa,  
De sus brazos sin fuerza las cadenas,  
Y frío el corazón latiendo apenas.....

¡Ay! harto pronto el bárbaro delito  
Leerá el triste en el semblante amado,  
Y en él su oprobio y su infortunio escrito.  
De furias devorado,  
Verá erizarse en monstruosos vicios  
Y horrendos precipicios  
De su antiguo soñar la senda amena,  
De amor, un tiempo, y de deleites llena.

La atroz venganza en el hirviente pecho  
Rugiendo al punto abortará fracasos,  
Ya no el amor, el parricidio al lecho  
Conducirá sus pasos;  
Cubrirán su razón con sordos velos  
Los implacables celos;  
Y el lecho, acaso, inundará igualmente  
Con la sangre culpada la inocente.

Mas si un error feliz en la desgracia  
Fascinare al esposo, siendo entonces  
Mayor que su candor vuestra falacia;  
Si con pechos de bronce  
Ofreceis á sus besos paternales  
Los frutos criminales,  
Y con escarnio veis que los abraza,  
Aun cuando un odio interno los rechaza;

Alzad y ved; la bóveda celeste  
Poblada está de soles, su tamaño  
No alcanzais, ni su luz quién se la preste;

Podrá un odioso engaño  
A un infeliz burlar; mas no á los ojos  
Que hacen que en sus enojos  
Los raudos vientos por las selvas zumben  
Y que los cielos cóncavos retumben.

## VII.

LA TEMPESTAD Y LA GUERRA,  
Ó EL COMBATE DE TRAFALGAR (1).

Cantar victorias mi ambición sería;  
Pero sabed que el dios de la armonía,  
Dispensador de gloria,  
El volver de fortuna en poco estima,  
Y sólo el valor inclito sublima  
Con inmortal memoria.

Ved aún brillando aquéllos, en su templo,  
Que vieron las Termópilas, ejemplo  
De varonil constancia;  
Y los que sucumbieron, no domados,  
Bajo los tristes muros abrasados  
De la infeliz Numancia.

Hay á quien de la cuna alza el destino  
Para llevarle siempre por camino  
De dóciles laureles;  
Las dichas van volando ante sus pasos,  
Y en manos de ellas pierden los acasos  
Sus espinas críeles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso  
Vulgo los clama; mas en tanto incienso  
Yo mi razón no ofusco;  
Y de Belona en el dudoso empeño,  
Donde muestra fortuna airado el ceño,  
Allí los héroes busco.

¡Oh constancia! ¡Oh del alma ardiente brío!  
Tiende la inmensa vista, excelsa Clío,  
Por esos mares vastos;  
Tiéndela; que á pesar de hados malignos,  
Nunca la habrán parado hechos más dignos  
De tus gloriosos fastos.

Mira, en baldon de Gádes opulenta,  
Levantarse la furia más sangrienta  
De los senos oscuros;  
Y de su ávida mano, al mar lanzadas  
Las Calidónicas selvas (2), transformadas  
En fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,  
Que en las puertas atlánticas descuella,  
Teniendo al mar á raya,  
En ondas que, postrándose á su frente,  
Llegan, cargadas de oro de Occidente,  
A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes á su encono,  
Anglia infecunda, de las nieblas trono,  
Campos que el sol no mira,  
Que en sonrisa falaz Flora reviste  
De estéril verde, en que la flor es triste  
Y amor sin gloria espira.

Hidrópicos de anrívoro veneno,  
Al monstruo de codicia abren el seno,  
Contra la gloria hispana,  
Cuando en horrendas máquinas de muerte  
Hasta el precioso fruto se convierte  
De la comarca indiana (3).

(1) Por plaga poética fué tenido el sinnúmero de composiciones que en 1805 y 1806 se publicaron para ensalzar la gloria de los marinos españoles en el combate naval del 21 de Octubre de 1805. La crítica se mostró harto severa hasta con los escritores célebres de entonces, como Sanchez Barbero, Moratin, Rosa Galvez y Arriaza. Solo perdonó la conocida oda de Quintana, que era en verdad la mejor de todas ellas. El *Memorial Literario* (20 de Abril de 1806) salió á la defensa de la oda de Arriaza que aquí publicamos. El artículo en que se analiza y juzga la obra termina de este modo:

«Encontramos imágenes muy nuevas, y desenvueltas con todas las galas de la poesía..... Notamos igualmente mucha novedad en las rimas, muy buena elección, y, por lo general, fluidez. La oda del señor ARRIAZA merece ser estimada, y le hace honor. Es además apreciable, por cuanto la podemos añadir al corto número de buenas composiciones al combate de Trafalgar.» (Nota del Colector.)

(2) Bosques de Escocia.

(3) Inglaterra emplea el producto de sus Indias en mantener su preponderancia marítima.

¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!  
¡Quién contar tus lamentos!  
Ceden, en fin, al elemento amargo  
Naves que domellaron tiempo largo  
Sus furores altivos:  
Los hombres se hunden, y por siempre ansioso  
Se cierra el cauce del sepulcro undoso,  
Donde descienden vivos.

Minerva, ¡oh! salva al que en mejor fortuna  
Hasta el lecho del sol desde la cuna  
Surgió el terráqueo giro! (1).

¡Urania (2), á aquel tu confidente auxilia!  
¡Amor, ¡ay! vuelve á una infeliz familia  
De ése el postrer suspiro!

¡Tristes! ¡Nadando hácia la patria amada,  
Y ella esquivarse, en sirtes erizada,  
Que las olas esconden,  
Y la muerte descubre, y á las vocas  
De los míseros naufragos, feroces  
Ellas solas responden!

Jamas el viento eslabonar podría  
Noche más dura á más horrible día;  
Pero en tanto conflicto,  
Quien tales hados superó constante,  
¿Dónde hallará peligro que quebrante  
Su corazón invicto!

¿Dónde? ¡Oh Clío!.... Mas tú de horrores talcs,  
Con buril de oro en tablas inmortales  
Libras de olvido el daño;  
Escribes, y la fama los publica,  
Nombres que el eco Olímpico replica,  
Gravina, Alava, Escaño.

¡Y cuántos más que de mi voz suprimo,  
El mismo amor que en mi memoria gimel!  
¡Oh Cosme!.... (3) ¡Oh dura suerte!  
Dadle eterno laurel, lijas de Apolo,  
Que á un amigo infeliz le cabe sólo  
Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro  
Vuestro valor probó sublime y puro,  
¡Oh marinos hispanos!  
Broquel fué de la patria vuestra vida,  
Que al fin vengada y siempre defendida  
Será por vuestras manos.

Rinda al leon y al águila Neptuno  
El brazo tutelar con que importuno  
Y esclavo al Anglia cierra;  
Y ella os verá desde las altas popas  
Lanzar torrentes de invencibles tropas  
Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo  
De su muerto adalid (4), doblando el luto  
Del Tamesis umbrío;  
Que si llenos de honrosas cicatrices  
Se os ve para ocasiones más felices  
Reservar vuestro brío,

Sois cual leon, que en líbico desierto  
Con garra atroz, del cazador experto  
Rompió asechanza astuta;  
Que no inglorioso, aunque sangriento y lazo,  
Temido sí, se vuelve paso á paso  
A su arenosa gruta.

## VIII.

Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina, y exhortación á los que se hayan de poner á su frente á imitar el valor y la práctica firme y dura en los trabajos del mar de los antiguos almirantes Roger de Lauria y don Juan de Austria.

¿Qué soberana voz, de pompa llena,  
¡Oh Musas! embelca mis sentidos?  
Os pido aliento, y suena  
Canto armónico vuestro en mis oídos.  
Deseos atrevidos  
Danme á pulsar la desusada lira,

(1) Alusión á los que dieron la vuelta al mundo.

(2) Urania, musa de la astronomía.

(3) D. n. Cosme Churrucá, particular amigo del autor, y que murió en el combate.

(4) El almirante de la escuadra enemiga, el famoso Nelson, muerto en el momento de alcanzar la victoria.

De su armada, que en vano el mar rechaza  
Al cielo, ó con abismos amenaza,  
Hacen soberbia muestra:  
No lo sufris, alumnos esforzados  
De los Bazanes, y de ardor llevados,  
Lanzais al mar la vuestra;

Y cual de opuestos vientos acosados,  
Cruzándose ennegrecen los nublados  
Las etéreas campañas,  
Y conturbando al mundo en su bramido,  
Dispútanse el eléctrico fluido  
Ferviente en sus entrañas.

Tal de ambas partes la batalla llega  
Y las alas flamíferas despliega,  
Y nave á nave cierra,  
Y libra ¡oh día de infeliz renombre!  
Cuatro elementos juntos contra el hombre  
En brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,  
Que á las aras de Marte en digno incienso  
Mandan cóncavos bronce,  
De férreos rayos el silbar sin cuento,  
Y el ruido, que desquicia el firmamento  
De sus eternos gonés;

¡Quién, de llamas y sangre en tanto lago,  
Mástiles estallantes y alto estrago  
De derrocadas moles;  
Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,  
Vuestros sangrientos rostros no columbra,  
Oh jefes españoles!

Impávidos, de rojo humor teñidos,  
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,  
Terribles, como en ciegos  
Combate de sacrilegos gigantes,  
De los dioses los fulgidos semblantes  
Entre nubes de fuego.

Con ronca voz vuestro coraje entona  
El metálico grito de Belona,  
Que al combatiente inflama:  
Ni se teme mortal, cuando á sus ojos  
De hirviente sangre ve raudales rojos,  
Que él mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte  
Cada átomo en un dardo de la muerte,  
Cuyo enorme esqueleto  
Gozoso en medio al golfo se levanta,  
Viendo ejercerse allí con furia tanta  
Su asolador decreto.

¡Oh cuál de juventud las flores siega  
O á perpétuo dolor la vida entrega!  
A un brazo mutilado  
Sucede el otro, á la venganza presto,  
O dura aún á pié firme el cuerpo inhiesto,  
De su cerviz privado.

Mas ¡ay! que allí clara columna sube  
De fuego al viento, y entre humosa nube  
Desplómase al abismo  
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,  
Y brazos que aun no sueltan los aceros  
Que empuñó el patriotismo.

Gime al estruendo el Trafalgar convulso,  
Tiembra el Olimpo; cual si á duro impulso  
De bárbaros titanes,  
Nadando ardiendo fueran por las aguas,  
De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,  
Y á un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos los voraces  
Monstruos del mar, agólpanse fugaces  
Hácia el hercúleo estrecho;  
De horror el cielo en nubes se encapota,  
Y de escándalo al mar bramando azota  
El águila deshecho.

Y de su misma cólera espumosa  
Nace la tempestad, de desastrosa  
Noche fatal presagio;  
Marte á su aspecto enfrena el alarido;  
Scila y Caribdis alzan el ladrido,  
Númenes de naufragio.

¡A devorar los desperdicios tristes  
De hierro y fuego rápidos venistes,  
Cual rayo, olas y vientos:  
¡Oh noche, quién podrá expresar tu espanto!



Y antiguas glorias, que aún el orbe admira,  
De España renovar con dulce canto.  
Mas ¡ay! que el vuestro en tanto  
Ser debido me acuerda á asuntos tales  
Plectro divino y labios inmortales.  
Alzase de las márgenes de Oriente (1)  
Vuestra voz celestial; y al par con ella  
Se alza de Venus bella,  
Dulce á la Iberia, la argentada frente:  
No como astro luciente  
Que los pasos del sol precede y guía;  
Sino en gentiles formas, cual solia  
Poblar los bellos bosques de Citéres  
De amores y placeres:  
O desnuda en la lid dejar mortales  
De amor al juez, de envidia á sus rivales.  
Y ella apenas las ondas de esmeralda  
Raya con tierna planta, y ya las frentes  
De las Gracias rientes  
Salen brillando en celestial guirnalda.  
¡Oh cuál su linda espalda  
Al matutino rayo ya blanqueal  
¡Oh cuál despierta el mar y centelleal  
¡Cuán cerca escucho, oh Musas, vuestras voces!  
Los céfiros veloces  
Las llevan á los huecos silenciosos,  
Y aves y ecos responden sonorosos.  
No sólo vuestra voz, mas vuestro coro  
Descubro ya, y á Urania la primera,  
Que del sol la carrera  
Trazando va con su compas de oro:  
Majestad y decoro  
La dan en manto azul áureas estrellas;  
Siguen las otras sus divinas huellas:  
Tersíclore concierta el noble paso  
Con que de Oriente á Ocaso  
Os desliza; y Clío al labio lleva  
La trompa que al Olimpo al héroe eleva.  
Arde el cancel solar, y de repente  
Cuatro caballos cándidos, que admiro,  
Del sol soberbio tiro,  
Saltan la valia del dorado Oriente.  
¡Oh cuál marchan de frente  
Por encima de nubes brilladoras!  
¡Cuál los enfrenan las fugaces horas!  
Las trenzas de ellas y las crines de ellos  
Dando vislumbres bellos  
Al juego de las auras que delante  
Vuelan del carro rápido-rodante.  
Del cual, en pie, sobre la excelsa cumbre  
Descubro al joven (2) de inmortal belleza,  
Cuya rubia cabeza  
Al orbe enciende en vividora lumbre.  
Y si hace se deslumbre  
La humana vista al verle cada día,  
¡Qué será cuando lleno de alegría  
Con desusado brillo se presenta,  
Y su pompa acrecienta  
De Gracias y de Musas con el coro,  
Que le abren paso entre celajes de oro!  
«¡Oh premiado del mérito ignorado!  
Apolo, tú en la forma tan gallarda  
Que á eternos siglos guarda  
De Belvedere el mármol animado,  
No vienes hoy armado  
Del dardo con que humillas la arrogancia  
Al dragon de la envidia ó la ignorancia;  
Sino en la diestra alzando un estandarte  
Que vió pálido Marte,  
Y en que triunfan las quillas españolas  
Del viento audaz y las falaces olas.»  
¡Y es tu respuesta celestial sonrisa!  
Y sólo á embelesarme preparada  
Caliope, sentada  
En nacarada nube, se divisa.  
Su cítara me avisa  
Del canto con preludio armonioso;  
Y ¡oh instante para España venturoso

(1) Descripción del amanecer tal como se ve en el famoso cuadro del Guido que representa el carro del sol.

(2) Apolo, ó el sol.

(Canta la musa), el día en que se acuerde  
Que el mar la abarca y sin el mar se pierdel  
Y si animosa al mar tu gloria fias,  
Oh patria, tú serás la que solias.  
» Altos designios de ventura el cielo  
Al constante español propicio inspira;  
Pues viendo cuál conspira  
De naciones rivales el anhelo  
Por ceñirle á su suelo,  
Hoy le devuelve la feliz bandera  
Que guió á nuevos mundos su carrera;  
Preclara con hazañas tan brillantes  
De bravos almirantes,  
Cuya insignia de mando soberano  
Es la que el dios de luz alza en su mano.  
» Ese es el estandarte con que pudo  
Roger de Lauria con gloriosos bríos,  
De ominosos navíos  
Dejar el vasto mar desierto y mudo;  
Y puesto en pie, y sañudo,  
Cual un marino dios, en la alta popa,  
Sin orden de mi Rey, dijo, en Europa  
No salga al mar ni un solo mástil.... ¡Cómo!  
Ni el escamado lomo  
Los peces mismos á asomar se atresan  
Si en él las armas de Aragón no llevan.  
» Esa la noble insignia que en Lepanto  
Astro de muerte fué, sombra importuna  
A la otomana luna,  
Que la eclipsó en rubor, sangre y espanto.  
Y el joven de Austria en tanto,  
Cual viento que ante sí nubes aleja  
Y azul el viento á sus espaldas deja,  
Así posterga el líquido elemento  
Pavoroso y sangriento,  
Y trémulas huyendo van delante  
Mil naves del intrépido almirante.  
» Es cometa esplendente, que perdido  
Por el inmenso espacio un tiempo ha andado,  
Y el cielo ha decretado  
Vuelva á brillar de nuevo esclarecido.  
Con odio envejecido  
De la discordia aún duran los furoros  
Cubriendo el mar de velas y de horrores;  
Las ninfas de ambos mundos, tan queridas,  
Quiéren ver desunidas (3),  
Y con ausencia bárbara amenazan  
A las que en lazos de cristal se abrazan.  
» Es abrigo á las palmas de victoria,  
Que libres las marítimas campañas  
Harán de ambas Españas:  
Es el padron de la marina gloria;  
Del templo de Memoria,  
Donde era pabellon ese estandarte  
Al joven de Austria, emulación de Marte,  
Febo lo brinda á la atrevida mano  
Del primer héroe hispano,  
Que audaz y sabio á un tiempo en los bajelcs  
Sepa de Marte acumular laureles.  
» Suceda á tantos héroes en el mando,  
Y de la Iberia al enemigo asombre,  
El digno, cuyo nombre  
Remoto esté en la historia resonando.  
Y en las naves llevando  
Los fueros de su patria y de sus reyes,  
Dicte al inmenso mar tan dulces leyes,  
Que sentado en la popa el navegante  
Del inerme navío,  
Cual de su patria por seguro río  
Atraviese cantando el mar de Atlante.  
» Ya de Mercurio los lucrosos tratos  
Protegerá sobre las aguas Marte;  
Y ya no serán parte  
Del duro isleño bélicos conatos,  
Ni alevs desacatos  
A usurpar ó impedir los mutuos dones  
Que se hagan las marítimas regiones,  
Ni el bien turbar que en su amistad se encierra,

(3) Alude á la separación de las dos Españas; consecuencia irremediable de la pérdida de la marina, que era el brazo de nuestro dominio en América.

Siendo rayo en la guerra,  
No menos que de paz astro benigno.  
Musa, caridad el favorable signo.»  
Cesó la Musa; y le responde en coro  
El claustro celestial con canto nuevo;  
Tremolado por Febo,  
Rayos despide el estandarte de oro.  
Yo, que entre tanto ignoro  
Quién serás tú, mercedor del verso,  
Que valeroso elevarás un día  
A tan alto esplendor la patria mia,  
Sólo pido al Autor del universo  
Ver no me niegue el venturoso oriente  
En que, alzando el tridente,  
Hagas del mar que nuestras costas baña  
Campo eterno de glorias para España.

## IX.

## PROFECÍA DEL PIRINEO, EN JULIO DE 1808.

Como con rabia interna  
Y centellantes ojos, asomado  
Al escabroso umbral de su caverna,  
Acecha el tigre al tímido ganado,  
Que por la hierba mueve  
Su pié lascivo y su vellón de nieve;

Así aquel vil tirano,  
Que ensangrentó el dosel de Clodoveo,  
Al tiempo de estampar el pié inhumano  
En la falda del alto Pirineo,  
Devoraba á la España  
Con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entónces  
El día atroz, que guardará esculpido  
El triste averno en sus ardientes bronce;  
Y en que robando á un príncipe querido,  
Dejó en dolor profundo  
Huérfana á España, horrorizado al mundo.

Y cuando en pié se erguía  
Por ver, desde Pirene al mar de Atlante,  
La extensión de la hispana monarquía;  
Girando en torno el lívido semblante,  
De compasión ajeno,  
En que escupió la envidia su veneno;

Ved que sobre una cumbre  
De aquel anfiteatro cavernoso,  
Del sol de ocaso á la encendida lumbre  
Descubre alzado un pálido coloso,  
Que eran los Pirineos,  
Basa humilde á sus miembros gigantes.

Cercaban su cintura  
Celajes de Occidente enrojecidos,  
Dando expresión terrible á su figura,  
Con triste luz sus ojos encendidos;  
Y al par del mayor monte,  
Enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma  
De algún Titan lanzara de sus hombros  
La mole con que Júpiter le abruma,  
Tal le creyó, mirándole entre asombros,  
El Corso anonadado;  
Que no hay decir cómo quedó parado.

Pavor mortal le asalta;  
Fijos los ojos, mas sin furia en ellos;  
La boca abierta, mas de aliento falta;  
Duramente erizados los cabellos  
En su frente confusa,  
Cual víboras del casco de Medusa.

Y luego del membrudo  
Espectro oyó salir un ronco acento,  
Que hirió los valles cóncavos, tan rudo  
Cual si exhalara el ábreo en su aliento,  
Cuyo són pavoroso

Revoca el eco trémulo y medroso.

«¡Napoleon! (tronando  
Sonó la voz) ¡Napoleon! en dónde  
La majestad angusta de Fernando  
Tu perfidia escondió? Traidor, responde  
Del que llamaste hermano;  
Te buscó grande, y te encontró villano.

» Él se entregó á esos brazos,  
Que como los de un héroe le tendiste;  
Magnánimo y leal cayó en tus lazos.  
La máscara que hipócrita vestiste,  
Serenó al punto arrojadas,  
Y de corona y cetro le despojas.

» ¡Oh complemento al crimen  
Que te sentó y acompañó en el trono!....  
Mas ¡piensas tú que sus vasallos gimen  
Desmayados en mísero abandono,  
O que se entregan viles,  
Como grey sin pastor, en tus rediles?

» Tiende esa vista fiera,  
Dale apacible pasto recorriendo  
Ensangrentada y yerma la carrera  
Que van tus huestes bárbaras siguiendo;  
Robos y alevosías  
Hasta Madrid te servirán de guías (1).

» Gózate al ver cubiertas  
Sus calles de cadáveres helados,  
Conservando tal vez sus manos yertas  
Aun el pan ofrecido á tus soldados;  
Que á tanta dicha alcanza  
El galardón ¡traidor! de tu alianza.

» Mas ¡ay! sólo á tí mismo  
Tus arteras perfidias son fatales;  
La indignación despierta al heroísmo,  
Tus grillos se convierten en puñales;  
Ruge el león de España  
Al rojo humor que sus guedejas baña.

» Y oye que el gran rugido  
Es ya trueno en los campos de Castilla,  
En las Asturias bélico alarido,  
Voz de venganza en la imperial Sevilla,  
Junto á Valencia es rayo,  
Y terremoto horrisono en Moncayo.

» Mira en haces guerreras  
La España toda hirviendo hasta sus fincs;  
Batir tambores, tremolar banderas,  
Estallar bronce, resonar clarines;  
Y aún las antiguas lanzas  
Salir del polvo á renovar venganzas.

» Suelta la dura reja  
El labrador por la fatal cuchilla;  
El tierno esposo á su familia deja,  
Besa la madre al hijo en la mejilla,  
Le arma el brazo inexperto,  
Y le dice al partir: *Vengado ó muerto.*

» ¡Oh maldad! ¡y aún mantienes  
En esas duras manos firme el yugo  
Que á la española lealtad previenes?  
Si en cada huésped distela un verdugo,  
Ya, contra sus furoros,  
Se levantan mil brazos vengadores.

» Ocupan la alta sierra,  
Que inflama y tuesta el lumínar del día (2),  
Bravos hijos del Bétis y la guerra;  
Y ya aquel que tu Anibal se decía,

(1) El pueblo de Madrid recibió á las tropas francesas con particular cordialidad y ternura, persuadido que sólo habían sido enviadas para sostener á Fernando VII, que acababa de subir al trono.  
(2) Alude á la Sierra-Morena, cuya falda fué teatro de la memorable batalla de Bailén.



Más que sabio, altanero,  
Se humilla al pie del Escipion ibero.

» ¿Qué es de la legion fiera  
Que arrastró de Valencia la muralla?  
Huye, y huyendo es vana la carrera  
Del veloz bruto y la acerada malla,  
Que con puñal en mano  
Salta a la grupa el leve valenciano (1).

» Mira allá á los que obligas  
A devastar los campos en que esconde  
Su raudal Guadiana; que entre espigas  
Vuela la muerte sin saber de dónde;  
¡Y cuán tremendo Marte  
Los asalta sin trompa ni estandarte!

» Si sorprendiste en vano  
A la industriosa gente de Barcino,  
Vélos burlar las artes de Vulcano,  
Y entre sus manos horadando el pino,  
Con ecos victoriosos  
Hacen callar tus bronces horrosos.

» Crezca, en fin, tu despecho  
Al pie de la invencible Zaragoza;  
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!  
¡Cuál las confunde! ¡Cómo las destroza!  
Oponiendo constante  
Brazos de hierro y pechos de diamante.

» ¿Qué es á ellos la arrogancia  
De los fieros ministros de tu fraude,  
Si en tanto de los héroes de Numancia  
Desde el Olimpo un coro les aplaude?  
Sobre sus sienes fieles  
Lloviendo á un tiempo bombas y laureles.

» Pero ya la gallarda  
Gente no sufre coto; y cual granizo  
Se precipita de la nube parda,  
Cuando al sonoro trueno se deshizo,  
Tal se arrojan veloces  
A derrocar tus águilas feroces.

» Oye en su sordo grito  
El fallo de tu ruina, y ve en su frente  
Que el dedo de las Furias les ha escrito:  
*Venga á tu hermano, que murió inocente;*  
Ni los manes reposan,  
Que por el aire errantes les acosan.

» Si; ya llega bramando  
Como huracan la nacional venganza,  
Tus pérdidas falanges arrollando;  
Y ya á tu hermano bajo el solio alcanza,  
Que de la indigna mano  
Trémulo suelta el cetro soberano.

» Ni la régia corona  
En las turbadas sienes ya mantiene;  
Mas del trono, que atónito abandona,  
De un escalon en otro al suelo viene;  
Y huye entre sus guerreros,  
Como en banda de buitres carniceros.

» Tal será tu castigo,  
Soberbio usurpador; del alto asiento  
Caerás tambien (2). Yo, yo te lo predigo;  
Yo, que por ley de celestial intento  
Guardian de estas montañas,  
Hado soy tutelar de las Españas.»

Siente apénas la vida

(1) Los valencianos, aprovechando su ligereza natural, alcanzaban en la carrera á la caballería de coraceros del Mariscal Monecy, y saltando con agilidad de tigres á las ancas, derribaban á puñaladas á los ginétes.

(2) Este vaticinio tuvo su cumplimiento á los siete años, con la célebre batalla de Waterloo, en que fué destruido todo el poder de Bonaparte, y el preso y desterrado á la isla de Santa Elena, donde acabó sus días.

El mezquino tirano á sus acentos;  
Y como sierpe acaso desprendida  
De las garras del águila en los vientos,  
Yerto en letal insulto  
Cayó, enroscado, entre la hierba oculto.

## X.

## EPITALAMIO REAL (1819).

La destruccion fatal que al mundo aflige,  
Y la conservacion de los mortales  
Con incesante accion luchan iguales.  
Esta al humano corazon dirige,  
Que fluctuando en su voluble encanto,  
Hoy es contento en él lo que ayer llanto.

Así el invierno á la estacion florida  
Sucede; así las nieves á las flores,  
Así alternan placeres y dolores.  
Y en el vaiven de nuestra frágil vida,  
Del mal al bien, ¡cuán lenta es la balanza!  
Del bien al mal, ¡cuán rápida mudanza!

Pues si tal es la ley, y un grato estruendo  
Oigo excitando á pública alegría  
Desde el alto palacio á la alquería;  
Si el cóncavo metal voltea hiriendo  
Los aires con sus trémulos sonidos,  
Y el cañon con sonoros estampidos,

¡Qué haces, cítara ociosa, que no acudes  
De Himeneo á juntarte al grato acento  
Que en cielo y tierra resonando sientol  
Lisonjas no, benéficas virtudes  
Sólo reclaman hoy tus cuerdas de oro;  
¡Podrás negarte á tan amable coro?

Saliendo de entre bosques olorosos,  
Ven, céfiro gentil, benigno á España;  
La aroma esparce que tus plumas baña,  
O el ámbar que Cupidos vagarosos  
Destilan de sus alas celestiales,  
De Páfos sobre tálamos nupciales.

Pero ¡qué es la fragancia y los olores  
Exhalados de rosas y jazmines,  
Ni ambiente de aromáticos jardines,  
Junto al aura feliz de mil amores  
Que al áureo carro cerca, y acompaña  
El encanto del Elba á nuestra España?

Pronto el coro de Gracias á su frente  
Dará el velo nupcial; pronto en el ara  
Encenderá el amor su antorcha clara;  
Y entonces ¡ay! ¡quién pintará elocuente  
Del agitado seno la ternura?  
Sólo el sentirlo es tuyo, alma natura.

Vén, Himeneo; y cual la nieve puros,  
Los reales pechos plácido regala;  
El fuego amante de los dos iguala,  
Y adormidos en paz gocen seguros,  
Mientras que junto al tálamo halagüeño  
Alma Fecundidad les guarda el sueño.

Que ella propicia al fin vierta á raudales  
Flores sobre la augusta ceremonia  
Que hoy une el tronco ibero al de Sajonia.  
Y que, viniendo en pos frutos iguales,  
Al dulce rayo de tan fausto día  
Resuene Iberia en himnos de alegría.

Iberia, ¡oh patria! á cuyo ardiente brío  
Se debe el golpe de terrible encono  
Que al opresor precipitó del trono;  
A tus pies se estrujó su poderío,  
Y la cerviz del pérfido caudillo  
Doblóse á tu patriótico cuchillo.

Por amor á tu rey, Iberia altiva,

Hiciste, vuelta á tu valor primero,  
Émula de tu fama al mundo entero.  
Tu alarido de guerra á la cautiva  
Europa rescató de vil cadena;  
Por ti respira en libertad serena.

De tanta usurpacion, tú, los despojos  
Convirtiendo en trofeos de tu gloria,  
Tu rey alzaste al carro de victoria.  
Y ¡oh cuán grato, Fernando, fué á tus ojos  
Mirar de héroes cubiertas tus Españas,  
Y el orbe todo absorto en sus hazañas!

Premio y corona es á su noble celo  
Hoy María Josefa augusta y bella.  
Ya ve el empero complacerse en ella  
Al tercer Carlos, y oye al caro abuelo,  
Que exclama: «Al fin, tú la lloraste, Italia;  
Digna esposa será, cual fué mi Amalia.»

Viva, y reine feliz hasta aquel día  
Que el tiempo cese, y que los reinos se hundan  
Y en las ruinas del orbe se confundan,  
Cuando extinguidos en tiniebla fria  
Astros y soles entre horribles truenos,  
Colmen de inmensidad los vastos senos.

En tanto ¡oh Dios! esa ominosa niebla,  
Velo de error que nuestra mente empaña,  
Aparta, aparta de la triste España.  
¡Ay! la infelice gente que la puebla  
Harto ha sufrido en gloria de sus reyes,  
Harto en defensa de tus santas leyes!

## XL

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,  
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, EN EL ANUNCIO  
DE SU PRIMER EMBARAZO.

Grata es la rosa al delicado gusto  
De una jóven sensible á par que bella,  
Por ser de su rubor retrato justo,  
Y de su fresca edad ver copia en ella.  
Grato le es el diamante, cuyos brillos  
Remedan de sus ojos la viveza,  
O envueltos del cabello en los anillos,  
Antorchas son que ilustran su belleza.  
Grato el don de las índicas orillas  
En ámbares y esencias olorosas,  
Porque á par del carmin de sus mejillas  
Completan la ilusion de que son rosas.  
Mas si es la bella el soberano dueño,  
Elevada del sólio á la alta cima,  
Cuanto hay de material le es dón pequeño,  
Y las flores del alma sola estima.

Así yo algunas de mi ingenio escaso,  
Cristina augusta, ofrezco á tu guirnalda,  
Cogidas, no en la cumbre del Parnaso,  
Sino en lo más humilde de su falda.  
No van á ti preciadas de alta ciencia,  
Sino de rendimiento y de ternura,  
Y aún más de haber debido su existencia  
Al genio precursor de tu hermosura;  
Cuyas doradas alas derramaron  
Sobre la Iberia el dón de la armonía,  
Y entre mil cisnes que en tu honor cantaron,  
La aclamacion primera fué la mia.  
Sentí tu gloria, y la canté al momento;  
Y mi verso, inflamado en tu atractivo,  
Fué, como el primer grito del contento,  
Disonante tal vez, pero expresivo.

Mas, ¡ay! si al gozo de aclamarle esposa  
Faltaba entonces expresion que cuadre,  
¡Cómo he de hallarla en la ocasion dichosa  
En que ya es dado el saludarte madre?  
Bien lo predije, que «á tus rayos de oro  
La paz lanzaba las civiles furias,  
La Abundancia ofreciendo su tesoro,  
Y la Fecundidad príncipe á Asturias.»

Hizo el amor profético mi verso,  
La esperanza se muestra en ti florida;  
La gloria lo publica al universo,  
Y España lo oye en júbilo embbebida.  
Que en el vástago nuevo está esperando  
Un héroe más á la española silla;  
Y si falta un Católico Fernando,  
Una Isabel tendrémos de Castilla.  
Al ejemplo inmortal de sus mayores  
Deberá tal valor, Cristina bella,  
Y á que gracia y virtud serán las flores  
Que irá cogiendo por tu hermosa huella.  
Ya la preclara estirpe de Borbones  
En tu talle gentil se hace presente;  
Como un rosal descubre en sus botones  
Las flores que han de ornar luego su frente.  
Mi antigua lira, en tan feliz reseña,  
Hace la salva, en himnos de alegría  
A aquella hija del sol, hora risueña,  
Que abrirá el cielo al natalicio día.  
Acogedlos, señora, cual las rosas  
Que de su manto esparce primavera;  
Que aunque otras nazcan luego más pomposas,  
Gusta y merece más la flor primera.  
Que si de vos los oye el regio esposo,  
Mostraréis lo que en gracia el verso gana  
Cuando se une á un acento armonioso  
La pompa de la lengua castellana.

## EPÍSTOLAS.

## I.

## LA BANDERA (1).

Delio, lei tus versos delicados,  
Llenos de amenidad y de dulzura,  
Y viendo tus trabajos ponderados,  
Moviome á compasion tu desventura:  
Vi la negra prision de los malvados  
Que retratar tu musa allí procura,  
De quien eras ayer guardian severo,  
Como allá en los infiernos el Cerbero.  
Te juzgas infeliz; pero yo envidio  
Esas que tú me pintas crudas penas,  
Pues es mejor ser guarda de un presidio  
Que arrastrar del amor duras cadenas;  
Tú las noches en lánguido fastidio  
Pasas, y yo de turbulencia llenas:  
¡Cuánto más apacible es esa calma  
Que en esta agitacion tener el alma!  
Si tú vives cerrado, á tu despecho,  
Entre facinerosos malhechores,  
Yo, á mi pesar, albergo en este pecho  
El mayor de los fieros matadores:  
¡Cuánto mayor estrago tienen hecho  
Los dardos del amor abrasadores,  
Que con el fuego ó acerado hierro  
La foragida gente de ese encierro!  
Cuando tú ayer, al declinar la tarde,  
A su colmo elevaste mi alegría,  
Insidioso el amor, como cobarde,  
Sus tiros á mi pecho dirigia:  
En un balcon estaba haciendo alarde  
De su beldad la desdeñosa mia,  
Tanto que, enamorado de su cara,  
El mismo sol por contemplarla pára.  
Bien pudieran, á vista de sus ojos,  
Oscurecer su brillo las estrellas;  
Pudiera, viendo sus cabellos rojos,  
Febo ocultar sus pálidas centellas:  
Al mirar sus mejillas por despojos,  
Rendir pudiera Abril sus flores bellas;  
A su pecho el invierno llamar debe

(1) Es contestacion á unos versos que un amigo le escribia, hallándose éste de guardia en un cuartel de presidiarios, en ocasion en que el autor marchaba llevando una bandera entre la infanteria.